


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Welzer, Harald, Moller, Sabine y Tschuggnall, Karoline: *Mi abuelo no era nazi. El nacionalsocialismo y el Holocausto en la memoria familiar*, Buenos Aires, Prometeo, 2012.

María del Carmen Correale

Universidad de Buenos Aires / FLACSO

mccorreale@gmail.com

Fecha de recepción: 13/09/2014

Fecha de aprobación: 20/09/2014

El nacionalsocialismo y el Holocausto forman parte de la historia de muchas familias alemanas y, al mismo tiempo, de los contenidos que se enseñan en la escuela a las nuevas generaciones. Es por eso que para Harald Welzer, Sabine Moller y Karoline Tschuggnall “el álbum de recuerdos y la enciclopedia conviven juntos en la biblioteca del hogar” (p. 20).

Ahora bien, ¿es posible conciliar el contenido de ambas historias que, por otra parte, pueden ser contradictorias? A esto apuntan los autores: a demostrar que los programas educativos sobre el pasado nacionalsocialista no resultan efectivos a la hora de cambiar algunas representaciones que tienen los alumnos alemanes sobre esa época porque, fundamentalmente, las mismas no están ancladas en saberes adquiridos en la escuela sino en memorias familiares “cuyos criterios de

verdad se rigen en base a lazos de lealtad en el grupo en tanto parte de un colectivo” (p. 24). Son, por lo tanto, estos lazos identitarios los que llevan a los jóvenes —pero también a los adultos— a disociar a sus familias de un pasado que el sistema educativo y el conocimiento en general han determinado como criminal. *De allí que consideren central en su investigación conocer cómo es narrado en el presente ese pasado y en ello, afirman, juegan un papel fundamental los actos de transmisión intergeneracional dentro de las familias. Son estos actos los que posibilitan reconstruir y retransmitir un pasado en común que termina constituyéndose en el núcleo central de la conciencia histórica.* Por eso, aclaran, el trabajo que presentan no es un estudio sobre el pasado, sino sobre un presente vivo que tiene importantes implicancias para el futuro.

Welzer, Moller y Tschuggnall se proponen indagar, a través de entrevistas individuales y grupales, qué historias se cuentan en las familias alemanas sobre el Tercer Reich y el Holocausto y cómo se transmiten de generación en generación. Para ello adoptan el principio que rige el juego del “teléfono descompuesto”, es decir, el de la modificación de la historia original que se va transmitiendo de un participante a otro, debido a que cada uno de ellos le agrega su propia interpretación de lo oído o visto.

Con ese objetivo realizaron entrevistas a representantes de tres generaciones por cada familia: abuelos (contemporáneos a la Alemania nazi), hijos y nietos. La muestra incluyó 40 familias (30 de ellas viven en el espacio que ocupó Alemania Occidental y 10 en el de Alemania Oriental) a las que caracterizan como “comunes”, es decir, que no incluyen a ningún victimario en el sentido legal del término y en las que se suele hacer referencia al pasado nacionalsocialista.

Asimismo, advierten a los lectores que no se proponen interpretar lo que no se dice, como sucede cuando se utilizan estrategias de investigación basadas en técnicas psicoanalíticas, sino todo lo contrario: *lo que importa es lo que se dice y el efecto que tiene en el proceso de transmisión de generación en generación*, debido a que la transmisión de “lo vivido” define a la familia como grupo y le otorga identidad a sus integrantes. Pero, se preguntan, ¿cómo es posible mantener una cierta coherencia entre esa memoria familiar que protege una identidad y una lealtad que debe sostenerse a lo largo del tiempo como una “buena” historia, con una cultura de la memoria pública que narra un pasado marcadamente criminal?

Para los autores, esa “buena historia” se construye y mantiene a través de lo que Halbwachs llamó “el carácter moral de nuestros padres”¹. En el caso analizado, en tanto los nietos no vivieron el Tercer Reich, extienden hacia el pasado la imagen que tienen tanto de sus padres como de sus abuelos en el presente. Y junto a esta imagen “moral” de sus caracteres, aparecen las acciones que se corresponden con ella a través de lo que llaman “proceso de heroización”. Esta sería la estrategia mediante la cual las jóvenes generaciones pueden superar la contradicción que surge entre la “memoria cultural” y la familiar.

La construcción de esta estrategia está estrechamente vinculada con la utilización de ciertos “vacíos” en las historias narradas por abuelos e incluso por sus hijos, que el resto de los integrantes de la familia llena con sus propias suposiciones acerca de lo sucedido. Estas acciones dan cuenta de cómo las nuevas generaciones, al mismo tiempo que se apropian de las historias familiares — acción que refuerza los lazos de lealtad entre sus miembros— modifican el contenido de lo que se cuenta.

Los lazos de lealtad intrafamiliares son claramente identificados a través de algunos diálogos que surgen de las entrevistas y que se manifiestan en relatos que parecen desoídos o no tomados en cuenta por quienes los escuchan. De esta forma, las historias se van modificando a lo largo del proceso de transmisión. Esta transformación de los relatos, “tiene la funcionalidad de mostrar a los abuelos como personas moralmente íntegras, bajo la luz de las valoraciones normativas actuales” (pp. 69-70). La explicación de esta actitud radica en que, cuanto mayor es el conocimiento sobre la gravedad de lo sucedido en esa época, mayor es la distancia a la que se busca colocar al integrante de la familia. Esta muestra de lealtad hacia el colectivo de pertenencia se realiza a través del “proceso de heroización” de su antepasado, en tanto se lo ubica en el grupo de “los otros” (o sea de “los alemanes” que vivían situaciones de riesgo en forma permanente) y no en el de los nazis. En definitiva, es a través de historias de heroización —pero también de resistencia o de victimización— que el aspecto afectivo o emocional de los recuerdos familiares, va reconfigurando las memorias del grupo de generación en generación.

1 Halbwachs, Maurice: *La memoria colectiva*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2011, p. 37.

Aunque los procesos de victimización y heroización son los que más abundan en los relatos surgidos de las entrevistas, no son los únicos que los autores diferencian. También identifican los de justificación, distanciamiento, fascinación y subyugación.

Otro elemento presente en la transmisión de los relatos familiares es lo que Welzer, Moller y Tschuggnall denominan la recontextualización del papel que cumplieron los contemporáneos al nazismo, es decir, “la utilización de características, imágenes e historias que provienen del Holocausto para representar el sufrimiento de las víctimas alemanas” (p. 107).

En las historias de victimización, la recontextualización es más evidente porque, sostienen, el trasfondo se corresponde con elementos relacionados con la persecución y el aniquilamiento de judíos. Dichos elementos son incorporados en historias de la vida cotidiana de los alemanes no judíos y juegan de alguna manera, como justificatorios de sus acciones: “el mensaje que parece subyacer a este mecanismo de construcción de víctimas sería que quien fue una víctima queda fuera de toda sospecha de haber participado o haberse beneficiado de algún modo con el nacionalsocialismo” (p. 100).

Esta narrativa de victimización no es propia sólo de los contemporáneos al Tercer Reich: de las entrevistas surge que hijos y nietos también representan a padres y abuelos como tales a lo largo del nazismo. Incluso pareciera que los jóvenes hacen abstracción del lugar que sus antepasados ocuparon en la sociedad: el sólo hecho de haber vivido la guerra, los convierte en víctimas.

A través de la investigación se distinguen, además, otros dos componentes de los contenidos que forman parte de las memorias compartidas: las huellas dejadas por los medios de comunicación y lo que los autores denominan *topoi*, es decir, los recuerdos implícitos que surgen del inconsciente de manera recurrente en forma de “frases hechas” o estereotipos.

En cuanto a las huellas de los medios en el recuerdo, los autores descubren vestigios tanto de la propaganda nazi como de la filmografía posterior. El análisis de las entrevistas les permite entrever ciertos elementos en la forma de narrar algunos recuerdos, que resultan congruentes con las imágenes que presentan algunos films (documentales y de ficción) a los que los entrevistados apelan como “testimonios reales” de lo sucedido. Por esta condición de verdaderos operan en muchos casos como marco de percepción e interpretación de ciertos acontecimientos históricos,

pero también de recuerdos personales. Las películas adquieren de este modo, una doble función: por un lado, ejemplifican una historia pero por el otro, son utilizadas como criterio de veracidad.

Al igual que las producciones mediáticas, los *topoi* también forman parte de los marcos de percepción e interpretación de los recuerdos. Los más frecuentes son los del “ruso malvado”, el “judío rico” o el “norteamericano bueno”. Sin embargo, no son los únicos. De manera reiterada se presentan una serie de afirmaciones, que en cierta forma, justifican la actuación de algunos de los entrevistados. Los autores refieren, por ejemplo, el uso de frases tales como “entusiasmo juvenil” o “ingenuidad y falta de experiencia en la juventud” para justificar la aceptación del régimen, así como “los seres humanos son muy maleables y se dejan manipular” para argumentar por qué hubo poca resistencia a los nazis.

Por otra parte, entre las representaciones estereotipadas, los autores examinan en profundidad particularmente las de “los judíos” y “los nazis” por las implicancias que tienen en relación a los objetivos de la investigación. En términos generales, los judíos son vistos por algunos entrevistados prácticamente como extranjeros. Incluso el hecho de que hayan sido víctimas es considerado el resultado de sus propias acciones: fueron éstas las que los convirtieron en objeto de odio, exclusión, persecución y exterminio.

En cuanto a “los nazis”, son mencionados en los relatos como “los otros”. Este distanciamiento también se encuentra en las jóvenes generaciones: los nietos por lo general, niegan que sus abuelos hayan formado parte de las estructuras del partido o del Estado nazi aún cuando estos últimos admitan su participación en los mismos justificándola por razones “de fuerza mayor”, es decir económicas o laborales. Dicho distanciamiento se corresponde, además, con las escasas o nulas menciones acerca del Holocausto, a pesar de que sólo un tercio de los entrevistados afirma haber desconocido la existencia de los campos de concentración. Pero tal vez lo más revelador sea que muchos de ellos se refieren la existencia de los mismos con lo que los investigadores denominan “palabras vacías”, es decir denominaciones vagas como “eso”, “ellos”, “aquello”, entre otros. Esta dificultad de poner en palabras lo sucedido, tiene consecuencias importantes a la hora de narrar las memorias familiares: “las palabras vacías deben ser consideradas como un aspecto interesante ya que constituyen un mecanismo de transmisión intergeneracional cuya eficacia consiste justamente en su modo de transmitir inconsistente, contradictorio y vago, pues ofrece espacios

vacíos a ser llenados con los contenidos e imágenes que mejor se adaptan a las necesidades de los/las oyentes. Las palabras ‘vacías’ abren un espacio muy amplio el cual permite atribuirle al narrador la intención y la opinión que el oyente quisiese atribuirle desde su propia perspectiva” (p. 188).

En el capítulo 7, denominado “Dos mundos”, Welzer, Moller y Tschuggnall analizan la divergencia en la forma de interpretar el Tercer Reich que provocó la división política de Alemania posterior a la Segunda Guerra Mundial. Estas interpretaciones diversas influyeron además en la percepción que cada uno de los Estados tuvo acerca del otro: “Mientras que en la RDA el antifascismo se convirtió en la ideología que sustentaba el Estado, en la RFA ondeaba la bandera del antitotalitarismo. Y vinculado con esto, ambos se reprochaban mutuamente actuar a favor de un régimen fascista o bien totalitario. La relación con el pasado nazi se basaba en una segregación doble: por un lado, era considerado como una ruptura con la era del Tercer Reich y por el otro, como un repudio del orden político del Estado alemán adversario” (p. 189).

Aunque a partir de 1990, la visión imperante en la RDA fue subsumida en la de la RFA —tal como puede observarse en las reformas curriculares escolares, en libros de textos e incluso en la desaparición de algunos monumentos, memoriales, etc.— las entrevistas parecen demostrar que los relatos de los nietos de las familias que viven en lo que fue la RDA, han cambiado sólo gradualmente. Más allá de las transformaciones políticas operadas desde la reunificación, la percepción del pasado que tienen quienes vivieron en ambos Estados continúa diferenciándose. Para los habitantes de la RDA, el nacionalsocialismo pareciera estar más lejos porque —a diferencia de quienes viven en la RFA— perciben el pasado como dos épocas consumadas, esto es, la del Tercer Reich y la de la propia RDA. Esto explicaría en cierta forma lo que fue descrito como “la disparidad temporal en la memoria de Alemania” (p. 194). Pero la disparidad no sólo está relacionada con la percepción del pasado. Los autores reconocen que una característica de los relatos de los mayores en la construcción de las memorias familiares de la RDA, es su invariabilidad frente a la reinterpretación del pasado producto de la reunificación. En consecuencia, si lo único que permanece intacto es la historia contada por los abuelos, sin dudas sus relatos tendrán mayores visos de veracidad para sus hijos y nietos.

En el último capítulo, los autores elaboran una síntesis del recorrido realizado y exponen una serie de ideas significativas para pensar cómo se construye la memoria familiar y, en función de ello, qué recaudos hay que tomar a la hora de abordar una investigación de estas características. Pero centran su atención particularmente sobre los efectos que tienen las memorias familiares en la conformación de la conciencia histórica de los jóvenes.

En cuanto a lo primero, conciben a la transmisión de la memoria familiar como una acción comunicativa en la que se conjugan los recuerdos vividos pero también los que fueron relatados. Sin embargo, aclaran, esta acción no es un proceso de simple transmisión sino —fundamentalmente— de *construcción* en el que cada uno de los participantes de esa comunidad de recuerdos, narra los suyos de acuerdo al lugar que ocupe en la sociedad y a los requerimientos del tiempo en el que narra. Por lo tanto, cada situación en la que se recuerda tiene sus particularidades y se ordena de acuerdo a ciertas convenciones que incluyen, por ejemplo, expectativas y causalidades en nociones temporales que se superponen “en el pasado, el cual se relata, en el presente, en el cual el grupo del ‘nosotros’ consume su pasado y en el futuro, al cual apunta la coherencia del grupo” (p. 232). En definitiva, en cada situación de rememoración se modifican las memorias individuales así como las de las comunidades a las que pertenecen los individuos.

Al mismo tiempo, enfatizan la importancia que tiene en la reescritura de esos recuerdos, la utilización de “palabras vacías”. Los relatos vagos con espacios difusos, son muchas veces utilizados por los oyentes para llenar de acuerdo a sus propias percepciones, convicciones o conocimientos que —recordemos— no sólo provienen de la “enciclopedia” sino también de películas, novelas u otros tipos de narraciones. *Cuanto más difuso sea el relato, mayor es el potencial para lograr un consentimiento que mantenga los lazos de lealtad dentro de la comunidad de recuerdo familiar.* Esta operación, afirman, permite que los oyentes se apropien de la historia que están escuchando y generen una “nueva”.

En esta reescritura de la historia familiar, también juega un papel fundamental el “halo de autenticidad” que tienen las narraciones de los protagonistas. Esto pone en ventaja sus historias respecto a otras porque lo cuenta “quien lo ha vivido”. La vivencia le otorga a sus palabras un mayor anclaje emocional que contribuye a registrar la información, a guardarla y a recuperarla de la memoria del auditorio familiar de una manera particular.

Pero no sólo los testimonios de quienes han vivido los hechos que narran tienen un “halo de autenticidad”. De la investigación surge claramente que los productos de los medios de comunicación, sobre todo las películas y documentales, suelen ser percibidos de la misma manera, es decir, quedan en la memoria de los jóvenes asociados al recuerdo de algo que “efectivamente sucedió”, sin ningún margen para procesarlas como una ficción o una interpretación posible. En consecuencia, lo que de ellos se desprende adquiere visos de “verdad histórica”.

Antes de finalizar la investigación, se vuelve a destacar la importancia que tiene para los jóvenes alemanes la utilización de estrategias de heroización y de victimización, en tanto les permiten alejar a los integrantes de sus familias de los hechos acaecidos durante el nazismo. La utilización de estas estrategias, sostienen, pone en evidencia la persistencia de una dicotomía que en el plano historiográfico —al igual que en los contenidos escolares— se presenta prácticamente superada. En los recuerdos narrados sigue arraigada la concepción de una sociedad dividida en “nazis” y “alemanes”, diluyendo de esta forma la responsabilidad de lo sucedido durante el Tercer Reich entre unos pocos que además son considerados “los otros”.

Esta es la razón por la que, alegan los autores, lo que trasunta de las entrevistas es “una brecha en la conciencia histórica que amenaza con invisibilizar el fenómeno social que dio origen al proceso genocida. Y esto ocurre a pesar del vasto conocimiento histórico fáctico que existe, las clases de historia, la educación política y el trabajo que las políticas de la memoria pudieron lograr exitosamente en las últimas décadas. El fenómeno de la heroización acumulativa muestra cómo la profundidad e intensidad emocional que marca el rol que desempeñaron los antepasados puede afectar la conciencia histórica individual y cuán disociado puede estar del conocimiento cognitivo de la historia (...) Se logra así una convivencia pacífica entre el ‘mal’ del régimen nazi y la ‘bondad’ de los propios abuelos y bisabuelos” (p. 98).

No resulta extraño, en consecuencia, que esta disociación se ponga de manifiesto en las memorias de las familias entrevistadas con una particularidad: la Shoáh aún no existe en sus relatos. Para los autores, a pesar de los esfuerzos realizados, “en las familias alemanas se transmite una conciencia del pasado nacionalsocialista en el que la exterminación de los judíos europeos solo aparece como un tema incidental” (p. 239). El Holocausto adquiere existencia en los relatos fami-

liares que componen la muestra únicamente cuando los entrevistadores preguntan por él y los recuerdos en relación al mismo, se presentan asociados a la información brindada por fuentes externas (películas, documentales, memoriales, etc.) pero no provienen de la propia memoria familiar que es la fuente primaria de la conciencia histórica tal como se evidencia a lo largo del trabajo. En definitiva, para Welzere, Moller y Tschuggnall en la continua rememoración de las historias familiares alemanas no judías, pareciera que una parte del pasado ha desaparecido y sobre esto alertan a sus lectores y muy especialmente a los educadores.